

Fernando Soto Aparicio, La demonia.

Bogotá: Plaza y Janés, 1987.

Beatriz Espinosa Ramírez

Las novelas de Fernando Soto Aparicio son, sin duda, viajes hacia el mundo, hacia el otro y hacia el más allá, paraíso perdido por la humanidad desde el primer día de la existencia. *La Demonia*, viaje 17 y el más largo de los realizados en la novelística de Soto Aparicio, se realiza entre el Mito y la Realidad, entre el bien y el mal, entre el sentido aparente y el sentido oculto, colocando al hombre en una encrucijada entre lo fácil y lo transitorio, lo inaccesible y lo permanente.

En *La Demonia*, diosa del consumo y la tecnología, el Paraíso que está cada vez más al alcance de la mano, es un paraíso concebido a la medida del hombre, hecho de bienes corpóreos y pasajeros en donde lo único que cuenta es "el Imperio de los Sentidos"; mientras que el Dios del Paraíso verdadero queda relegado a lo más recóndito de la conciencia, premeditadamente ausente, pues sólo aparece en la página introductoria y en la secuencia inicial y final: "Cuando lleguemos al Paraíso todo será distinto —piensa Adán Alfaro—. ¡Oh, Dios!, cuando lleguemos al Paraíso...".

La secuencia inicial centra la atención del lector en un viaje con caracteres paradisiacos, en el que todo es felicidad, belleza singular y búsqueda existencial; para encontrarse, a renglón siguiente, con un escenario semiológico que de paradisiaco no tiene nada: Abril, nieta de Adán Alfaro, y prototipo de la generación engendrada por la sociedad de consumo de finales del siglo XX, sueña con un Paraíso formado en su imaginación de niña con personajes de tiras cómicas y hazañas inverosímiles, que de trecho en trecho sugieren juegos de adolescentes. Además, la mayoría de los personajes falsifica la imagen del Paraíso dando al viaje connotaciones hedonistas que desvirtúan la finalidad de la travesía quedándose casi todos en los espejismos que aparecen a lo largo de las estaciones.

El mito del eterno retorno al Paraíso es narrado en un lenguaje publicitario, fantástico e irreal que hace que el Paraíso no parezca precisamente un Paraíso; esto, tal vez, para recordarle al hombre que su vida no es más que un instante entre el pasado original y el futuro incierto; y que en ese instante corre el riesgo de perderse en la cotidianidad, en lo fácil y en lo rutinario, tal como lo indica la monotonía de un viaje hecho en tren. Viaje que, por otra parte, lleva al lector hacia la literatura mesopotámica.

Al igual que Gilgamés, héroe de la obra maestra de la literatura antes mencionada, Adán Alfaro también va de viaje hacia una región paradisiaca en busca de la eternidad. El camino largo y difícil, y las constantes insinuaciones para gozar de los placeres terrenales induce a los protagonistas a desfallecer en su intento. En el camino ambos se encuentran una flor de insólita belleza que se proponen guardar para sí; sin embargo ésta le es arrebatada a Gilgamés por la serpiente, ya Adán Alfaro por la diosa Demonia. Después de esta pérdida, y por causa del abuelo, ambos regresan hacia el punto de partida sabiendo que es inútil la lucha por la eterna juventud, y que la inmortalidad no depende jamás del hombre; que quizá la única perennidad que a éste le corresponde es la del Amor.

El universo de los símbolos que sugiere el mito del eterno retorno al Paraíso introduce al lector dentro del mito de la sociedad contemporánea, enmarcándose dentro de esas dos visiones míticas el doble viaje que realiza Adán Alfaro: uno, el de la cotidianidad, en donde Adán se ve presionado a vivir en una realidad impuesta por unos obligados compañeros de camino: "Pero Domitila insiste, es mi espacio favorito, transmiten casos muy ciertos. Y Adán traído a la fuerza desde los territorios del recuerdo, alega: pongan lo que quieran pero dejen la aguja quieta en alguna emisora" (p. 19).

Y el otro viaje por los senderos de su alma hasta el Paraíso, tierra de liberación en el reencuentro amoroso, que le devuelve la razón de su existencia: "Y en un momento deja de oír a Sara cantando hoy he vuelto a pasar por aquel camino verde y oye nítidamente la voz de Isola: El hombre tiene qué volver a la libertad y al amor inicial con que fue creado, y la única forma de hacerlo es recuperando la Palabra" (p. 15).

En este viaje obligado Adán Alfaro, acompañado por el recuerdo-presencia de Isola Iglesias, no tiene más territorio existencial que el de su ser, en el que aparece la mujer, desde el principio, como una posibilidad de liberación. En la des-

cripción de este amor, el autor pasa del amor como una conmoción pasajera hasta el núcleo ontológico del amor que es fuerza y poder que orienta la vida y tiende hacia la reunión de lo que, estando separado por las circunstancias, lleva en sí mismo la unidad original.

La Demonia denota claramente una marcada intencionalidad propedéutica: mostrar aún al lector más ilustrado la realidad mundial contemporánea: desconocimiento de las necesidades de los países pobres; abuso del poder económico, político y eclesial, todo dentro de una sociedad manejada por los medios de comunicación que puestos al servicio de lo económico llegan a comercializar a la persona, en primer lugar a la mujer convirtiéndola en un instrumento de placer, enriquecimiento y falso poder político; parece que el autor hubiera tenido una premonición sobre lo que iba a suceder en el Parlamento Italiano, 1987, y que en uno de sus escaños se hubiera sentado a escribir algunos capítulos de *La Demonia*. Es este, además, uno de los numerosos hechos históricos que confirman la denuncia hecha desde esta novela en una relación múltiple de situaciones en las que convergen todos los poderes que manejan al hombre: sexo, política, religión; y al mismo tiempo, todos los problemas que lo asedian por razón del equívoco existencial a que éstos lo conducen.

Desde otra perspectiva el amor de los personajes centrales, Adán e Isola, es el triunfo de la Palabra que es innovación y vida, actualización del ser, y que lo remite hacia lo trascendente, verdadero paraíso perdido de la humanidad; sobre la palabra de *La Demonia* que es separación interna, incomunicación y segregación dentro de una sociedad de consumo en la que generaciones sucesivas son manipuladas por los medios de comunicación que las hacen pasar sucesivamente por elementos irreales, fantásticos, viciados por el mal gusto, hasta encontrar en toda esa escoria humana, encarnada en personajes disímiles, separados entre sí, la lucha eterna entre el ser y el no ser; entre la paz y la violencia, entre lo económico y lo político, entre la Palabra que es verdad y vida: Dios, y la palabra que es destrucción y muerte: la Demonia, Sociedad de consumo.

Tanto la afirmación del espíritu y la vida, así como la aspiración suprema por el devenir, enmarcan a *La Demonia* dentro de la filosofía característica del Romanticismo que se opone, dentro de la misma novela, a la cosmovisión mecanicista para la cual el mundo no es más que una máquina que envuelve a la persona en su estructura inflexible y repetitiva sometiéndola a un proceso constante de incomunicación y carencia de significa-

ciones personales, en una sociedad marcada por el signo de la creciente despersonalización y cosificación del hombre.

Desde esta óptica propia de un mecanicismo de principios del siglo XX, el mundo es el lugar por donde el tren, espacio vital que lleva a la humanidad hacia su destino original y último, debe marchar por caminos ya determinados. No obstante, este mecanicismo es superado en el contexto de la novela por la Filosofía de la Vida, denominador constante en la obra de Soto Aparicio.

A pesar de la irónica radiografía que el autor hace de la sociedad de consumo, sorprende la conciencia progresiva de la terrible soledad que amenaza destruir al hombre y la decisión que éste toma de salvarse a sí mismo y al otro mediante el amor: "Por Isola Iglesias Adán supo que el mal es un concepto anquilosado y que un hombre y una mujer al encontrarse producen una luz tan esplendente como la que se necesitaría para crear otro universo. Pero ya no estaba a su lado; ya, si no la encontraba, desde ahora y para siempre lo acompañaría la oscuridad" (p. 323).

La Demonia proyecta una luz nueva sobre la misión histórica del hombre: descubrir la verdad que hay en sí mismo y en los otros; y salvarse y salvarlos dentro de esa verdad. El hombre descrito en "*La Demonia*" recorre, poco a poco, los pasos que lo llevan a la realización de su misión histórica. A partir de su hacer hay una irrupción en el ser, en el mundo y en sí mismo, encontrándose en situaciones extremas de dolor, esclavitud, culpabilidad, lucha y carencia de libertad. Solo dentro de estas situaciones límites, el hombre podrá experimentar la necesidad de salvación: "Debo quitarme la máscara y ser yo mismo, arrojar lejos la careta que he soportado durante años" (p. 176).

Termina la novela 17 de Fernando Soto Aparicio con una admirable confesión de fe y esperanza en el hombre capaz de liberarse y en el Dios inefable, siempre presente en su obra, como explicación y sentido último de la existencia humana: "Cuando llegemos al Paraíso todo será distinto —piensa Adán Alfaro. —¡Oh, Dios, cuando llegemos al Paraíso...".